



## RESURRECCION DE PENA

ESTE es un país de memoria corta y también de memoria mala. Muéstrame usted y verá: no bien se marchitan las Flores, ya alguno preguntará cuál era su nombre de pila. Pero peor es si recuerdan: rápidamente se rotula al muerto con la etiqueta del nicho correspondiente y no hay quien de allí lo mueva.

Esta capacidad de olvido del país, cuando se aplica a los artistas, me produce especial ira, porque todos sabemos de las condiciones precarias, de los sacrificios constantes en que se desarrolla la obra de un artista en un país como éste. Por eso pienso que ellos merecen el elogio, la violenta diatriba, la crueldad, el amor,—todas cosas vitales—pero nunca el olvido, porque él es la indiferencia, el soterrado menoscabo.

Estas condiciones, estos sentimientos, son los que me llevan a festejar, alabozado, la empresa acometida por Jorge Calasso y Glauco Capozzoli, quienes acaban de rescatar del olvido un aspecto insólito, e inédito, del trabajo de un artista que, como Antonio Pena, logró su gloria en el arte escultórico. Se trata de una colección de siete grabados de Antonio Pena que ecaban de ser impresos por primera vez en una carpeta que es una delicia, derivada a los bibliófilos, si es que esas cosas raras aún revolotean por el cielo uruguayo.

"Año a las aguafuertes como una travesura en medio de mi existencia de escultor..." Descanso en ellas cuando me siento agotado" dijo alguna vez Pena en un reportaje periodístico. Y realmente, para él, puesto a acometer las grandes masas de yeso y bronce, este arte del grabado debía parecer demasiado incómodo, demasiado liviano y quizás frívolo. Me perdonaría —si pudiera— sus admiradores: pero estos grabados me gustan más que muchas de sus esculturas, y tienen, para mí al menos, una doble gracia: la de su esmero artístico y la de ese aire de época, cuando el Uruguay comenzó a entrar a tímidos pasos en la modernidad, y pretendió forjar el mito democrático de un arte popularista.

En su presentación dice Glauco Capozzoli: "El gusto del maestro que respalda a su discípulo sin conceder demasiada importancia a su presunto valor lo comocen todos los que alguna vez han frecuentado el taller de un artista. Antonio Pena entregó nueve planchas a su joven discípulo Jorge Calasso, agregando un comentario risueño sobre el mal estado en que se encontraba. Esa plancha durmieron largos años en el fondo de un cajón hasta que un día, en una conversación más o menos casual, Calasso me habló de su existencia. La curiosidad primero y el deseo de homenajear a Pena lo hicieron el resto". Ese resto es el precioso álbum impecablemente presentado, en una reducidísima tirada de mil cincuenta ejemplares, que acaba de presentarse. Capozzoli se tomó el trabajo de un esfuerzo bibliográfico de este tipo, la edición de El cocodrilo de Fellaberto Hernández, que hiciera con Graciela Saralegui y que es de las ediciones realmente hermosas que se han hecho en el país.

DEL álbum me extrañan las escenas de censo, esa trasposición de las faenas gauchas a una suerte de mitología donde los

demudos apenas perfilados se confunden con la masa de los animales; y me extraña su casi centenario que le brías bien a Acevedo Díaz; y esa visión de campo abierto, con un solo mulo de árboles y otra vez los seres mitológicos que cuidan del ganado. Un aire de otro mundo, el mismo de su pareja a lo Boudelle o el de su jinete —la capa revoloteante, el brazo alzado— que convoca, como entrada, a un mundo de seres diferentes. Son los seres comunes que conocemos, pero todos ellos se sostienen en un aire mágico y parecen poseer invisibles coturnos que les prestan majestuosidad. Algo de esto no fue lo que intentaron nuestros nacionalistas, lo que cantó Ipuche y Ferrián, lo que narró Paco y Morosoff.

Pero la pieza maestra de la breve colección es un retrato de un hombre ya maduro que sueña, la mano en la mejilla: uno de esos grabados de gran escuela, de rasgos deparadísticos, don-

de la simplicidad de la línea, et afinado verticome de la figura, se reuelven en una unidad de sentido. Pienso que es éste uno de esos grabados que podría tener, mucho tiempo en un estudio, verlo días y días y soñar con él, con el sueño que él sueña, por obra de la impecable concentración de sus líneas.

Yo sé de haberse el estudio de Pena, vi desmoronarse bocetos que la muerte había frustrado, vi arrumbarse las grandes mesas —y algunos que nada me gustaban— sin que eso al parecer conmoviera a los ciudadanos del país. Por eso esta edición me suena a repetición postuma, un poco como aquel tomo de homenaje que le dedicaron sus amigos. Y me daig que es cierta la frase de Valéry (Je disais quelque fois à Stéphane Mallarmé...) e sea que hay siempre alguien, en algún lugar, dispuesto a cogerse al olvido.

CONFIESSO mi debilidad por el género grabado y mi lamento siempre que mis recursos no me permitan acumular más y mejores (aunque me escorpulice de tener en mi pequeña colección algún Goya —segunda tirada, claro— o algún Manet: el maravilloso retrato de Baudelaire, y varios Daumier) pero por eso mismo me enfurece el olvido para lo que en el país se ha hecho con tanto terán. Cuando encuentro que los seres para quienes los nombres de Larrea o de Méndez Magariños son dicen nada, y pronto habrá quienes no se acuerden de Adolfo Pastor, siento justificadas las calandividad que caen sobre esta tierra, y pienso en los años que busqué en vano el grabado que Méndez Magariños hiciera con el único retrato —hago perdido— de Isidoro Lucien Ducaze, comte de Lantreumont, como tantos otros que son pulverizados en este país que, contrariamente a lo que muchos litos afirman, hace todo lo posible por olvidarse del ayer. Y yo quiero hablar de Carlos González, el más admirable grabador que ha tenido este país, el inventor más gozoso y original de nuestra realidad, cuyas obras pesqué siempre en vano, porque siendo prácticamente la piedra fundacional de nuestro arte del grabado, también prácticamente es ignorado por las nuevas generaciones. La lista podría seguir.

Estas enumeraciones quizás expliquen mi sorpresa y mi alegría ante este esfuerzo, que me imagino es obra del "tiempo anero", y también mi deseo poquito de que sea el comienzo de una serie, de esa sana, urgente, tarea de valorización de nuestro pasado artístico. Porque el Uruguay no comenzó con nuestro primer siglo; hubo muchos, antes, que contribuyeron a hacerlo. ANGEL RAMA